

LEHMANN-
NITSCHÉ

44 ej. 1

25 JUN 1924

Überreicht
vom Verleger

ROBERTO LEHMANN NITSCHÉ

1924

BASES

PARA LA

TOPONIMIA INDÍGENA

DE LA PATAGONIA

Del Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas [de la Facultad
de Filosofía y Letras], tomo II, 241-248, Buenos Aires, 1924.



BUENOS AIRES

384533 — TALLERES S. A. CASA JACOBO PEUSER, LTDA.

1924

91
7 mo 1029

25-6-924

L. 12.

25 JUN 1924

005415

ROBERTO LEHMANN NITSCHÉ

BASES
PARA LA
TOPONIMIA INDÍGENA
DE LA PATAGONIA

Del *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas* [de la Facultad
de Filosofía y Letras], tomo II, 241-248, Buenos Aires, 1924.



BUENOS AIRES

384533 — TALLERES S. A. CASA JACOBO PEUSER, LTDA.

1924

BASES

PARA LA

TOPONIMIA INDÍGENA

DE LA PATAGONIA

El nombre de la vasta región llamada Patagonia, es debido, como bien se sabe, a los compañeros de Magallanes cuando en el puerto de San Julián, en 1520, notaran en la playa de la costa, las huellas de algunos indígenas que para ellos eran tan inmensuradamente grandes que sólo podían corresponder a gente gigantesca. De ahí que los navegantes en presencia de los indios «parecían pigmeos, y llamáronlos Patagones, por sus grandes pies».

Consultando los diccionarios, hallamos, como derivación de *pata*, los términos *patón* y *pataco*, con el significado de aldeano, rústico, zafio, tosco. De *pataco* a *patacón*, es aumentativo que fácilmente puede ser hecho, claro que con la acepción primera (pie) de la palabra originaria. Pero los famosos indios son conocidos como *Patagones* (con g), y su país es la *Patagonia*. La transformación del consonante c en g, ¿cuándo y por qué se ha realizado? No lo sé. Puede que haya existido, en algún dialecto español, otra forma derivada de *pata*, tal vez *patacha* y *patachón*, que se haya aplicado a esos autóctonos, pero subsiste, y es más grande aún la dificultad para explicar

el cambio de la ch en c. Parece que la variante latina *patachonicus* (con que fueron bautizados, como designación de su especie, varios animales y plantas), fué construída artificialmente a base de la forma italiana de nuestra palabra, que se escribe con ch lo que equivale a la c española. Es de suponer que los respectivos naturalistas, al latinizar un nombre geográfico, hayan tenido a la vista el mapa de un autor italiano. No está demás dejar constancia que nuestro término, nada tiene que ver con el nombre de una moneda bien conocida, el *patacón*, pues como nos enseña el diccionario, es forma aumentativa de *pataca*, y esta palabra a su vez corruptela de la voz árabe *abutaca*, «el de la ventana, por las columnas que la figuran» (respecto a las demás acepciones de *pataca*, véase cualquiera enciclopedia). Y quiere la casualidad que en un idioma americano, el quichua, también hay *pataca*, para equivalente de cien! Hasta hay autores que imaginan una influencia de la voz quichua en la formación del nombre geográfico que nos ocupa.

Las exploraciones posteriores dieron el golpe de gracia a los famosos «gigantes», a tal punto que hoy en día, aquel interesante detalle que tanto ocupara la fantasía de los siglos pasados, casi está olvidado; pero respecto a las enormes pisadas observadas en la arena de la playa, es menester recordarse que los antiguos Patagones, al estilo de sus vecinos y parientes australes, los Onas de la Tierra del Fuego, habrán usado la misma especie de tamangos hechos de la piel de guanaco que corresponde a la canilla, y con el pelo por fuera: claro que un pie grande, envuelto en un pedazo de piel velluda, tiene que dejar, en una arena cuando está un poco húmeda, un negativo de dimensiones notables.

Los límites septentrionales de Patagonia, hoy en día, según el concepto corriente, corresponden al Río Negro, pero correlacionando las indicaciones de los antiguos autores como Falkner, Hervás y Dobrizhoffer, los tres, padres de la Compañía

de Jesús, resulta que ellos llaman «Patagonia», a toda la vasta región que desde la altura geográfica de la ciudad de Buenos Aires, se extiende hacia el sur. Los habitantes autóctonos de esta misma región, son, pues, en el concepto de aquella época, «Patagones». Es menester tener bien presente este hecho muy importante para aclarar muchas contradicciones. El estudio de los antiguos mapas confirma que este concepto ha sido corriente en los siglos pasados. Ya en el mapa de Diego Ribero (de 1529), es decir, 9 años después del descubrimiento del Estrecho, la región que corresponde a la desembocadura del río de la Plata, es significada como «Tierra de Patagones». Más tarde, Jacopo Gastaldi, en 1554, la llama «Terra gigantum»; Abraham Ortelius, en 1570, «Patagonum Regio ubi incolae sunt gigantes». La misma cosa se lee en el mapa de Joan Martines (1582), y en los mapas posteriores muy a menudo. Arnold Florentin van Langeren (1630) llega a poner, al sur de la ciudad de «Corduba», la siguiente leyenda: «Patagonum Regio vbi Incolae sunt gigantes 9 et ad summum 10 pedes longi. Ver hic maxime est saluber» (región de los Patagones, donde los habitantes son gigantes, de 9 y en el máximo de 10 pies de altura. La primavera es aquí muy sana). Desde 1650 (véase el mapa de Nicolás Sanson), la Tierra Magallánica está limitada por una línea demarcadora que empieza algo al sur del Cabo San Antonio para seguir en dirección más o menos horizontal hasta la Cordillera. Casi todos los mapas posteriores indican la misma frontera. A veces se halla, siempre para la región un poco al sur de Buenos Aires, la designación «Patagonia».

El punto que acabamos de tratar, es importante para la etnología argentina, pues los indios moradores al sur de la ciudad de Buenos Aires, en muchos documentos del siglo XVIII, son llamados «Patagones», y como nada tienen que ver con los Patagones «gigantes» de Pigafetta, resulta una gran confusión.

Una vez aclarado este detalle geográfico, era menester tratar la clasificación lingüística de los aborígenes argentinos, el hilo de Ariadna para orientarse en el *tohuwabohu* de los nombres gentilicios. Resulta que en el siglo XVIII, se hablaron, en la región pampeana, tres distintos idiomas que pueden designarse, según la palabra que dice gente, idioma *che*, idioma *kiñnnü* e idioma *het*. Este último era desconocido hasta la fecha, pues las palabras que a él pertenecen, o escaparon a la atención de los etnólogos o fueron atribuidas a las otras lenguas que se hablaron en las mismas tierras; hállanse diseminadas en las obras de los tres jesuitas arriba citados. Durante dos viajes al Río Negro, realizados en 1915 y 1916, por encargo del Museo de La Plata, pude al fin desatar ese nudo gordiano, no cortándolo sino siguiendo con paciencia hilo por hilo, quiere decir, comparando palabra por palabra de los tres idiomas ya indicados. Las tribus que hablaron la lengua *het*, eran los Chechehet, hacia el sur de la Pampa, y una fracción de los Diuihet, hacia el este y sur. Desde el fin del siglo XVIII, nuestros *het* no se mencionan más en los documentos, sin duda por haberse extinguido del todo, ya que en la mitad de ese siglo, su número era muy reducido. De su habla, una sola palabra sobrevive todavía, incorporada a otras lenguas indígenas y al mismo castellano del río de la Plata: *gualichu*, que significa espíritu malo. La voz *tehuel*, también es del idioma *het*, pero he perdido la esperanza de dar con su significado que puede ser el nombre propio del Río Negro o, tal vez, el nombre del caballo autóctono americano. En favor de la última teoría atestiguan los nombres geográficos: *Tehuel Malal*, *Laguna del Tehuel* y *Tehuel Mapu*. *Malal* y *Mapu*, son voces araucanas y significan corral, respectivamente, país o tierra, siendo frecuente la formación de composiciones híbridas en los idiomas indígenas de aquella época. *Tehuel Mapu*, significa, entonces, «País del *tehuel*»: es la región austral de la hoy provincia de Buenos Aires.

La *Laguna del Tehuel*, está situada al sur del Río Negro y se llama hoy en día: Bajo del Gualicho. *Tehuel Malal*, al fin, península en la época de Falkner formada por una de esas grandes serpentinadas del río Negro, desde entonces se ha independizado del todo, inundándose al mismo tiempo su nivel, así que hoy en día es una laguna llamada «del Abra». Siendo península del río Negro, parece haber sido paraje predilecto de los baguales que fueron cazados por todos los indios. Esos animales, no deben haber sido los descendientes salvajes del caballo doméstico introducido por Mendoza, sino los últimos representantes del *equus* autóctono americano, para el cual, los indígenas tenían su palabra especial, tanto en otras partes de Sud América como también en el norte (la voz *bagual*, no pertenece a esta categoría, pues es corruptela por metátesis de *cahual* y ésta de caballo). El nombre gentilicio de *Tehuelche*, al fin (también composición híbrida, pues *che*, en lengua araucana, dice: gente), es aplicado sucesivamente a los indios de los tres distintos idiomas arriba nombrados. Los sucesivos portadores de este nombre se encuentran ubicados más y más hacia el sud: mientras que en el siglo XVIII, llevaban el nombre de *Tehuelche*, los indios ya de lengua *het*, ya de lengua *künnü*, que amenazaron los alrededores de la ciudad de Buenos Aires, p. e., la Villa de Luján, hoy en día; *Tehuelche* son llamados los descendientes de los famosos Patagones de Pigafetta, que hablan un idioma distinto, completamente, de los tres arriba citados, y que moran vagabundos en la Patagonia y al norte del estrecho de Magallanes.

Los antiguos nombres geográficos que pueden registrarse al sud de la capital federal, corresponden, pues, a *tres idiomas indígenas distintos*: el - *het* (indios Cheechehet), el - *künnü* (indios Puelche en el sentido de d'Orbigny) y el - *che* (indios Araucanos). Agrégase, a veces, el guaraní, implantado, parece, por los mismos españoles. Como aquellos indígenas, vivían

en pequeños núcleos, mezclados heterogéneamente y separándose a cada rato, el mapa toponímico también presenta un muestrario de palabras que corresponden a cada uno de los cuatro idiomas recién nombrados, y como los ríos, parajes, sierras, etc., más notables llevarán dos o tres designaciones distintas, correspondientes a los tantos distintos idiomas indios, puede uno imaginarse la cantidad de mazamorra lingüística para indigestarse el más paciente investigador.

A la lengua de los Chechehet, extinguida, como fué dicho, a fines del siglo XVIII, corresponde una de las designaciones de la sierra bautizada el 17 de octubre de 1770 por el capitán Don Juan Antonio Hernández con el nombre «de la Ventana»; esta designación era Casuhati, lo que se traduce con «Montaña Alta». La voz *tehuel*, ya tratada al principio, era otra usada para composiciones de índole topográfica, y esto es todo lo que sabemos de toponimia chechehet.

A la lengua de los *Puelche* (me refiero a los indios así llamados por d'Orbigny, de los cuales sobreviven todavía, unos 10 a 12 individuos; he podido estudiar su habla y su mitología en los dos viajes ya mencionados), pertenece el nombre de un paraje situado en la confluencia de los ríos Limay y Neuquen: Cahualmich. *Cahual*, es caballo; *mich*, debe ser *ngitsh*, hembra, o corruptela de una voz que no he podido investigar y cuyo sentido ha de ser: vado, paso. Agrego que a esa lengua puelche corresponde también el paraje hoy estación del ferrocarril: Mackinchao, como se lee, a veces, según ortografía inglesa-escocesa, pero he podido comprobar que debe decirse: *Magünchao*, significando la primera palabra, invierno, la segunda, estación, parada; indica, pues, el respectivo sitio, un paraje elegido por la indiada para pasar la época invernal del año.

La lengua araucana es ante todo la que ha provisto con sus palabras la toponimia pampa y patagónica, fenómeno fácil de comprender, pues los indígenas de los cuales el idioma mapu-

che era exponente psicológico, distingúfanse, por su superioridad, de los otros aborígenes. Ya en 1582, en la lista de los indios de Buenos Aires, repartidos por Juan de Garay, figura un cacique Marich, puesto con toda su gente en cabeza de Andrés de Ballejo. El nombre Marich, o es idéntico con Marike, abreviación de Marikeu respectivamente de Marikeupü («Diez Pedernales»), o significa «Diez Avestruces» (*mari*, diez; *ch*, apócope de *cheuke*, avestruz). La comprobación de un apelativo araucano para el fin del siglo XVI, en los alrededores de Buenos Aires, derrota la opinión de aquellos que admiten recién para el principio del siglo XVIII, una «invasión» de aquellos indios.

De los innumerables nombres araucanos de la Pampa (que es parte de la «Patagonia» de los siglos pasados), sólo citaré algunos orográficos. La sierra hoy de Balcarce, llamóse *Huülkan*, con el acento sobre la *ü*, lo que se traduce con: una cosa que se parte, y es equivalente del término castellano, abra. El nombre indígena que nos ocupa, se usa también en otras partes del habla araucana. «Sierra de la Tinta», es traducción del araucano, donde *ngepün* significa color, pintura; esta traducción, hecha seguramente por los mismos indios para el oído de los españoles, ya puede comprobarse para 1772. La Sierra Chica, otrora se llamaba Sierra Verde (*Cairu*), mientras que la Sierra Baya, conserva en versión castellana, su designación autóctona (*Li-Mahuida*). La famosa Sierra de la Ventana, en araucano era «La Otra Gran Sierra» (*Vuta Calil*: *vutá*, grande; *ca*, otro; *lil*, sierra), siendo entonces la primera, la de Tandil. Analizando este nombre, creo que Tandil es apócope de *Catanlil* (*Catan-lil*), con el acento sobre la última sílaba a causa de la influencia del idioma guaraní. *Catan*, por cierto, significa: perforar, y el nombre de: «Peñasco perforado», correspondería pues, según nuestro concepto, mejor a la sierra de la Ventana; pero no debe olvidarse que la mentalidad de los indios, es di-

ferente de la de los representantes de la raza blanca que nos fijamos en cosas insignificantes para ellos. Existe, además, en muchas partes del habla araucana, el nombre geográfico de *Catanlil*, a veces horriblemente corrompido por la pronunciación española o italiana (hasta en *Catalina!*), mientras que *Thanlil* («Piedra caída»), no puede ser comprobado en otras regiones. Como todas esas sierras, etc., denominadas *Catanlil* (c. d. perforadas), no presentan una verdadera perforación al estilo de la típica de la Ventana, resulta que *catan*, significa perforar en sentido más amplio, como ser: destruir, deshacer, etc.

Los ejemplos sacados de mi trabajo ¹ demuestran, lo espero, que el estudio de los idiomas nativos promete gran interés para la historia y la geografía nacional.

ROBERTO LEHMANN NITSCHÉ.

¹ LEHMANN NITSCHÉ, *El grupo lingüístico - hel de la Pampa argentina*, *Revista del Museo de La Plata*, XXVII, pp. 10-85, 1922. En este estudio se hallan los comprobantes bibliográficos del presente artículo. Aprovechando el momento, observo que la nota 3, página 55, contiene un error: *Huechun Lafken*, hoy en día todavía es nombre de un lago independiente del Nahuel Huapi y situado al norte de éste. En la p. 62, línea 8, léase «boca», en vez de «roca»; en la p. 64, línea 4 (de abajo), debe ser 1747, en vez de 1757.